

TEORÍA DE LAS EXCEPCIONES, O CÓMO SALIR DE LA FILOSOFÍA DE LA IDENTIDAD A TRAVÉS DE ALAIN ROBBE-GRILLET Y NO SER CANCELADO EN EL INTENTO

Bruno Grossi

Universidad Nacional de Rosario
Universidad Nacional del Litoral
CONICET
brunomilang@gmail.com

Resumen: A partir de las similitudes y diferencias con las que Susan Rubin Suleiman y Raylene Ramsey analizan ciertos episodios sádicos en los relatos de Alain Robbe-Grillet, nuestro trabajo busca sacar conclusiones en torno a la situacionalidad de los modos de leer. Si la perspectiva situada vuelve sensible las condiciones materiales de existencia que permiten o inhiben la experiencia de conocimiento, nuestra hipótesis no obstante reza que la asunción deliberada y a priori de la identidad obstaculiza parcialmente el encuentro con la rareza de una obra. Siguiendo a Alain Robbe-Grillet –y la relectura que hace del “libro interior” postulada por Pierre Bayard– sostenemos por lo tanto que la “comunicación” de la experiencia estética pone en tensión las prerrogativas identitarias del lector, modificando el modo ético en el que este conduce su vida.

Palabras clave: Robbe-Grillet, Perspectiva situada, Teoría de la lectura, Experiencia.

Abstract: Based on the analysis of certain sadistic episodes in the stories of Alain Robbe-Grillet carried out by Susan Rubin Suleiman and Raylene Ramsey in their studies, our work seeks to draw conclusions about the situationality of the ways of reading. If the situated perspective makes sensitive the material conditions that allow or inhibit the experience of knowledge, our hypothesis nevertheless maintains that the deliberate and a priori assumption of identity partially hinders the encounter with the strangeness of a work of art. Following Alain Robbe-Grillet –and his reading of the “inner book” postulated by Pierre Bayard– we therefore affirm that the “communication” of the aesthetic experience puts the prerogatives of the reader in tension, modifying the ethical way in which this leads his life.

Keywords: Robbe-Grillet, Situated perspective, Theory of reading, Experience.

En una de las líneas más icónicas de la historia de la teoría Laura Mulvey sostiene:

Suele decirse que analizar el placer, o la belleza, lo destruye. Esta es la intención de este artículo. La satisfacción y el reforzamiento del ego que representan el punto central de la historia del cine hasta este momento deben ser atacados. (1975, p. 367)

La ironía sobre el prejuicio anti-intelectual en torno a la teoría, la vulgata que declama que el pensamiento conceptual arruina supuestamente todo lo que toca, se vuelve en el caso de Mulvey soberanamente literal: ella se propone atacar las estructuras perceptuales inconscientes de los sujetos, señalando como el cine no solo condiciona en las formas eróticas y espectaculares de mirar, sino que tiene consecuencias concretas en los modos sociales de interpretar la diferencia sexual. De allí que poner en tensión el placer masculino (en el que quizás podría ser el gesto definitivo de la posición enunciativa que Ahmed llamó “feminista aguafiesta” [2010, p. 134]), tal como el cine clásico lo codificó, podría tener consecuencias sobre el soporte fantasmático que organiza la sociedad patriarcal. Si el planteo de Mulvey nos interesa –a pesar de que su maximalismo la lleva a extra-limitarse en la extensión efectiva de su tesis– es porque tiene la valentía de señalar la singularidad de una experiencia placentera de la que se ve, por razones obvias, excluida. Resulta crucial en este punto la problematización de la experiencia estética llevada a cabo por el feminismo mulviano: precisamente por sentir el dolor en primera persona es que puede dar cuenta de las resistencias que el espectador masculino, por tener interiorizada una cierta relación de sujeto-objeto abstracta, no

puede percibir. No obstante, la razón por la que decidimos restituirla no deja de ser oscuramente egoísta y problemática: ella podría volver paradójicamente más intensa y compleja nuestra relación con las imágenes, en tanto reintroduce un principio de realidad que desengancha a las imágenes de su arrogante pretensión de soberanía celeste, invistiendo libidinalmente lo que se mantenía antes en un plano meramente formal.

En este sentido, cuando Susan Rubin Suleiman, organiza todo su análisis sobre *Proyecto para una revolución en New York* de Robbe-Grillet a partir de la afirmación de que este definitivamente “es un libro de hombres” (1990, p. 66) está diciendo algo central para el tipo de experiencia que estamos pensando. No solo porque mediante este gesto señala que el propio texto excluye a posibles lectores o que es ella la que se auto-excluye de la *participación* de la obra en tanto esta se vuelve éticamente ilegible para otra sensibilidad que no sea la del varón heterosexual, sino que sobre todo lo que hace es despachar sin más su valor estético (al menos en las formas que ella lo piensa: la reflexividad formal y su rol desmitificador) en nombre de un contenido moral.¹ Lo estético, así planteado, si no se pone así al servicio de reparar el dolor históricamente acontecido pierde toda relevancia social o razón de ser. Sin embargo, más allá de

¹ Nobleza obliga: en el post-scriptum a su artículo Suleiman aclara que ya no adhiere a aquella frase. La Suleiman de 1990 corrige así a la Suleiman de 1977 afirmando que la participación placentera en la obra puede hacerse sin necesidad de “denunciarla” o de comulgar con todos sus aspectos (1990, p. 71). Si elegimos citar su posición primera, a pesar de su autocrítica, no es para amonestarla personalmente (¿hace falta aclarar nuestra admiración por su texto aventurado?) sino para señalar una posición convencional –o mejor: arquetípica– de lector(a) que ella habría encarnado, aunque sea momentáneamente, y que aún perdura, transfigurada burdamente en la cultura de la cancelación.

la inclinación moral contenida en el argumento, hay un momento de verdad en su rechazo: Suleiman no hace sino afirmar, por la negativa, la singularidad de una experiencia que no solo incluye lo ético como un elemento constitutivo de lo estético y que lejos de afectar de un modo unívoco al conjunto de todos los lectores, los toca a cada uno de un modo particular. Ante esta posición uno podría contrastarla con la de Raylene Ramsey: su largo y paciente estudio sobre cómo las estructuras de los textos de Robbe-Grillet son correlativos a ciertos fenómenos de la física cuántica se ve de pronto interrumpido en el discurrir de un razonamiento por una intuición disonante que la sacude con fuerza (y a nosotros con ella) en su lugar de lectora.

Como lectora inquieta que busca puntos de referencia, dudo entre cierto resentimiento por las dolorosas dislocaciones involucradas y la seducción. Tal vez deba dejar de refugiarme detrás de una tercera persona crítica aparentemente objetiva y tener en cuenta mi situación como académica mujer, leyendo en los años noventa, y el carácter de mis interacciones personales con este material. Respetuosa por formación y tradición de lo que son evidentemente textos inteligentes e innovadores y buscando leer con empatía la fibra de una escritura estéticamente poderosa y sus propósitos subversivos, también me sacuden constantemente las temáticas provocativamente ‘masculinas’ y violentas. Sin embargo, la primera conmoción y rechazo funcionaron para alcanzar cierto grado de reconocimiento de la intertextualidad y familiaridad con el material y una conciencia de su funcionamiento, su brillante bricolage y quizás a la vez las temáticas tabúes comienzan a ejercer una fascinación intelectual. ¿Qué reconozco aquí sino fantasías sado-eróticas masculinas reprimidas, al menos de su otra cara, imaginaciones masoquistas femeninas? Mi respuesta secundaria, política, es algo diferente. Comparto

la sospecha general de Joan DeJean de que lo que está presente en estos textos (...) es una complicidad personal apenas percibida con el poder masculino que invistió estas estructuras (y no una subversión total). (1992, p. 119)²

La certeza, sentida como revelación, de ser interpelada negativamente por el texto, provoca un quiebre en la posición enunciativa delo que Schwarzböck llama el “yo idealista” de la académica (2021, p. 292). De pronto el correcto libro monográfico con tono celebratorio comienza a enturbiarse saludablemente. Sin embargo, como si no confiara en su intuición materialista, Ramsey se dedica durante casi setenta páginas en probar la posible “inocencia” de Robbe-Grillet: lo aborda desde distintos marcos teóricos, prueba la consistencia de diversas hipótesis, testea hasta qué punto se puede afirmar el progresismo o conservadurismo del proyecto estético de este e intenta rescatarlo (lo que es, en algún punto, rescatarse a ella misma, a su hipótesis de trabajo, al objeto a la que dedicó buena parte de su vida, a su figura como intelectual, como feminista) de las acusaciones de las que ella se va progresivamente convenciendo. El hecho de que todas sus conclusiones sean ambiguas o inciertas no hace sino poner en tensión su propio lugar como lectora, como si oscilara todo el tiempo entre la experiencia sensible que la hace identificar con las víctimas y una posición intelectual que la hace tomar distancia reflexivamente del contenido, a los fines de analizar los procedimientos que le hicieron interesarse por Robbe-Grillet en primer lugar. En este sentido, en la deriva final del libro pareciera ganar este segundo punto de vista: la académica se impone a la mujer. La

² Todas las traducciones de las citas de libros consignados en idioma original son propias.

universidad abstracta del sujeto le gana al lector común hecho de humores contingentes. No obstante, así planteado, entre Suleiman y Ramsey se abre un abanico hermenéutico: una niega el texto, para preservarse a sí misma y la otra se niega a sí, para preservar el texto; la identidad del texto y del sujeto se conservan: no se tocan, no se mezclan, no se contaminan. Si bien la perspectiva situada (Knorr Cetina, 1981) encuentra su momento de verdad desde el momento en el que vuelve sensible las condiciones materiales de existencia que habilitan, inhiben o imprimen ciertas determinaciones a la experiencia (porque restituyen las mediaciones y construcciones que el trabajo científico ocluye para operar), sin embargo, la asunción a priori de la identidad, esto es, la identidad pensada como un dato que preexiste al momento mismo de la lectura, obstaculiza parcialmente el encuentro con la *rareza* de la obra. La perspectiva situada pensada unilateralmente supone así una serie de compromisos metafísicos³ que solo reforzarían la identidad y conducirían a reencontrar/proyectar en cada texto los propios temas identitarios; inhabilitando la posibilidad misma de lo nuevo.

Por otro lado, la situación del espectador/lector masculino de Robbe-Grillet, o al menos alguna clase de ellos, es diferente e implica una serie de problemas suplementarios: este participa – digámoslo ya: *disfruta*– de un tipo de representación que le es sensiblemente satisfactoria y sin embargo en tanto está

³ Para decirlo con Dalmaroni: “¿a qué clase de compromisos metafísicos nos arrastran nociones como la de «historización radical»? ¿Cuál es el «locus enuntiationis» desde el que es posible tal historización del propio locus, y qué o quién garantiza o mantiene al menos provisoriamente su preferibilidad?” (2015, p. 50).

advertido críticamente de las consecuencias de estas imágenes se ve desgarrado en su interior de un modo extraño, pero también de un modo casi cínico: *sabe que está mal y aun así...* Late en la estructura adversativa la “hiper-moralidad” de lo literario postulada por Bataille (1957, p. 8): mediante la transgresión de los códigos morales el lector se rebela, aunque sea por un rato, de las servidumbres que pesan diariamente sobre él, revelándose un contenido de su persona que entra en directa contradicción con los imperativos de las responsabilidades que lo sujetan. El hecho de que el lector sea –en el caso particular de quien escribe– él mismo un individuo integrado en el sistema científico, por lo que no puede ignorar los efectos políticos de aquello que no podría sostener –sin múltiples y vergonzosas mediaciones– públicamente, no hace sino enrarecer su experiencia, volviéndola más intensa que la de aquellos a los cuales estos factores les resultasen indiferentes. No es la misma por lo tanto la experiencia de un lector de Robbe-Grillet si ha frecuentado o no el feminismo o el marxismo: solo puede pervertirse aquello por lo cual uno se vería seriamente afectado de ser vulnerado. Es decir, mientras que para el otrora lector objetivista del estructuralismo las imágenes sádicas inconsciente podían llegar incluso a reforzar solipsistamente su identidad, al actual lo ponen gozosamente contra sí. En algún punto “[e]l trabajo de la literatura –afirma Nicolás Garayalde a partir de Norman Holland– viene a ser un trabajo catártico que permite eludir las censuras y da lugar a una satisfacción en donde nos reconocemos en lo leído” (2014, p. 56). ¿Pero qué pasa cuando lo significativo de una obra es no proponer abiertamente cambios ni introducir un trabajo *terapéutico* sobre el propio yo o

sobre las estructuras ideológicas de lo social, sino, por una astucia de la razón estética, camuflar lo malvado bajo el signo de la distancia formal o, quizás, elevar el juego a status utópico?

Quizás la enseñanza estética que se deriva de la obra de Robbe-Grillet sea precisamente esa: ante las posturas progresistas que ven en el arte una forma de perfeccionamiento moral o político, el autor parece introducir camufladamente en sus ficciones, bajo la fachada de la deconstrucción, una tendencia a satisfacer los deseos más pueriles, perversos y terroristas. Sin embargo, podríamos decir que sus ficciones internalizan radicalmente aquel predicamento: el conflicto cultural entre la opresión y la libertad se entretiene al nivel mismo de la forma, haciendo partícipe al lector (y ya no solo a los personajes como algunos críticos señalan), en la interrogación de su propia subjetividad. Por eso mismo, como bien lo afirma Frank Wagner, quienes se vean seducidos por su imaginario serán beneficiados con una experiencia más compleja que la solemos asociar a los arquetipos del espectador pasivo de la industria cultural o el reflexivo de la alta cultura, ya que “la oscilación permanente entre las posturas antagónicas de adhesión imaginaria y distanciamiento reflexivo (...) conciernen tanto a las aptitudes afectivas como cognitivas del sujeto” (2005, p. 282). Es decir, si las imágenes se dieran inmediatamente a la percepción y al placer adolecerían del encanto que se produce en su encriptamiento, en su ambigüedad, en su darse y no darse a la gratificación. No obstante, el encanto de la imagen produce en el lector una serie de estados que lejos de afirmar la consistencia de la propia subjetividad –como podría pensarlo una lectura poco atenta o poco predispuesta a dejarse permear

por los detalles materiales de los textos—, no hace sino vivir en un constante estado de incertidumbre, en la que la consciencia se devanea como lo afirma Robbe-Grillet “entre la repulsión y la atracción, entre la vigilancia y el ahogo, entre el espíritu libre y el olvido, entre el deseo y el horror” (1994, p. 17). Pero, como bien lo aclara el propio autor,

No se trata de resolver esta contradicción, sino que es ella lo que me fascina en este asunto. Cuando leo a un autor que me gusta, es decir, con el que me identifico como si yo mismo hubiera escrito el libro que estoy leyendo, se producen efectos autobiográficos muy fuertes para mí. Son momentos privilegiados, en los que algo sucede precisamente en el trabajo del texto. (2001, p. 278)

Por eso y no por otra cosa la literatura es «comunicación». No la comunicación pobre de la semiótica, intercambio de información prosaica y útil entre consciencias, sino un pasaje fuerte en el que el sujeto y el objeto se disuelven, pierden su existencia distinta, formando una unidad inestable en la que algo íntimo parece revelarse en el proceso. Es decir, cuando Bataille afirma que en ese instante fugaz se revela algo verdadero, una verdad diferente de aquellas que están unidas en la percepción distanciada y duradera de los objetos, lo que hace es señalar que hay algo en la experiencia que no se deja reducir a las cualidades formales del objeto tal como podría describirlas el científico desde el exterior (1943, p. 183). En algún punto, la verdad de lo estético busca dar precisamente con aquello no subsumible en el concepto abstracto de identidad: “Es el individuo extremo – dice Sollers—, el elemento indivisible, que pretende ser la única realidad verdadera, el punto último de la realidad” (1986, p. 7). Robbe-Grillet piensa algo similar cuando señala que allí donde

la ideología realista nos presentaba un mundo cerrado y acabado, una intriga lineal que se desarrolla según leyes racionales y unos personajes reducidos a meros tipos (el viejo-avaricia, el joven-ambición, la madre abnegación, etc.), es decir, un mundo hecho de universales generales y abstractos; la ficción moderna por el contrario tendió siempre a ir tras lo singular y concreto, una experiencia de la realidad tal como una la ve, la entiende, la toca y la siente, un real hecho de detalles fragmentarios, huidizos, inútiles y accidentales (1984, p. 210).

Así planteado, el “efecto autobiográfico” apuntado por Robbe-Grillet pareciera apuntar en una dirección similar: es la identificación o complicidad extraña –que va más allá de temperamentos, lenguas, tradiciones, geografías y épocas– entre dos desconocidos tal como acontece repentinamente en la lectura. Pero también, siguiendo las teorías de Bayard–que Robbe-Grillet cita y reelabora en varias entrevistas– lo autobiográfico no es más que

la reconstitución fraudulenta de un yo que toma prestadas las piezas apropiadas de la experiencia y que, cada vez más, a medida que el texto avanza, se comporta de forma casual con respecto al referente biográfico. (2018, p. 158)

Sin embargo, allí donde en Bayard el “libro interior” (2007, p. 90) prepara la recepción de los textos a nuestras espaldas, buscando en cada uno de los libros concretos una verdad oculta que ya estaba presente previamente en el propio sujeto, en Robbe-Grillet (pero también en Adorno y Bataille) la existencia del no-yo –esto es: la materialidad del texto– es precisamente lo que evita que caigamos en la repetición, la conservación y la identidad. O para decirlo con Menke: es solo el carácter

heterogéneo del objeto el que pone las fuerzas disruptivas contra las facultades adquiridas, el que puede desfondar la lógica del disciplinamiento que pesa sobre el sujeto (2013, p13). La experiencia es por lo tanto siempre experiencia de lo no-identico. La experiencia maldita, que la obra de Robbe-Grillet encarna, no es por lo tanto universalizable, sino una experiencia de lo singular, una experiencia que no preexiste a su lectura, sino que existe en y por ella. En suma: una experiencia de lo que no existe sino como un momento de feliz excepción de la vida racionalizada, o mejor: que complota asocial y azarosamente contra ella desde dentro.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2018) [2010]. "Feministas aguafiestas". *La promesa de felicidad*. Buenos Aires: Caja negra.
- Bataille, G. (2010) [1957]. *La literatura y el mal*. Barcelona: Nortedur.
- . (2016) [1943]. *La experiencia interior*. Buenos Aires: Cuenco de Plata.
- Bayard, P. (2008) [2007]. *Cómo hablar de los libros que no se han leído*. Barcelona: Anagrama.
- Dalmaroni, M. (2015). "Resistencias a la lectura y resistencias a la teoría. Algunos episodios en la crítica literaria latinoamericana". *452ºF. Revista De Teoría De La Literatura Y Literatura Comparada*, (12), 42-62.
- Garayalde, N. (2014). *Las conveniencias de la no-lectura*. Córdoba: Comunicarte.

- Knorr Cetina, K. (2005) [1981]. *La fabricación del conocimiento*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Menke, C. (2017) [2013]. *La fuerza del arte*. Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Mulvey, L. (2001) [1975]. “Placer visual y cine narrativo” en Brian Wallis (Ed.). *Arte después de la modernidad*. Madrid: Akal.
- Ramsay, R. (1992). *Robbe-Grillet and Modernity: Science, Sexuality, and Subversion*. Florida: University Press of Florida.
- Robbe-Grillet, A. (1986) [1984]. *El espejo que vuelve*. Barcelona: Anagrama.
- . (1994). *Les derniers jours de Corinthe*. París: Minuit.
- . (2001). *Le voyageur*. París: Christian Bourgois.
- . (2018). *Entretiens complices*. Paris : Editions EHESS.
- Schwarzböck, S. (2021). *Materialismo oscuro*. Buenos Aires: Mardulce.
- Sollers, P. (1986). *Théorie des exceptions*. París: Gallimard.
- Suleiman, S. R. (1990). *Subversive Intent: Gender, Politics, and the Avant-Garde*. Cambridge-Londres: Harvard University Press.
- Wagner, F. (2005). “Le pervers et ses lecteurs. Sur le «sado-érotisme» robbe-grillétien”. *Revue D'études Culturelles*, Université de Bourgogne, 1, 277-286.